



Juan Antonio Masoliver Ródenas

Profesor. Crítico literario. Escritor

A TITO ROS

Siempre recorriendo las calles
con la mano en la memoria
de los ojos que todo lo registran:
las anomalías tan frecuentes
en un pueblo frecuentemente anómalo,
los cambios de color del mar,
el aroma de los desayunos
apenas sale el sol.

Y cuenta el número de gaviotas,
los pasos que dan los viandantes,
las puertas y ventanas que se abren,
las escobas en las aceras,
los árboles sin sombra.

Le llaman el estadístico

y lo es en sus tantos por ciento
de ciegos en los pueblos de la costa,
de la arena de la playa de Ocata
comparada
con la playa de guijarros de Altea,
de gente enfurecida que habla sola,
de mujeres que lloran en la calle,
de niños que creen lascivamente,
de perros que orinan sin levantar la pata.

El hombre que se ríe de su risa,
el más sensato de los extravagantes,
que llena la casa de libros
que abandona en el suelo
o en el lavadero.

Que ha recorrido el mundo
de biblioteca en biblioteca
ajeno a las sirenas
y a las mujeres que piden
y que dan
en un intercambio que él llama
de pequeña empresa.

Ve a Pilar y por primera vez
y no la compara a otras mujeres
porque es incomparable.

Y la casa de Pere Grau 5
se convierte en un altar
o en un jardín de hortensias
con floreros y pájaros,
con una alacena llena de copas
para celebrar la amistad

y con cuadros en las paredes
de pintores que han pintado este pueblo
o simplemente murales
que han pintado la humedad
y el tiempo.

Alguien que no nació en Masnou
y al que los masnouenses
han hecho hijo adoptivo,
hijo predilecto, padre
de Adela, abuelo de Camila
y de Daniel,
amigo de Antonio Urrutia
y mío cuando quiere ser mi amigo.
Jacint Ros, Jacinto Ros o Tito Ros
que lo ha escrito todo
con la memoria de la mirada.